

Saint-Cyr. Después de las felicitaciones y de los abrazos, los dos cuerpos reunidos, mezclados, entraron en París.

Un sentimiento desconocido de paz y de concordia había penetrado en las almas. Que se juzgue por un hecho, según creo el más importante de todos. Los periodistas hicieron una tregua. Estos justadores, estos guardianes inquietos de la libertad, cuya lucha habitual tanto agría las almas, se levantaron por cima de ellos mismos; la emulación de las almas antiguas, sin odio y sin envidia, los arrebató y los apartó por un momento del triste espíritu de las disputas. El honrado, el infatigable Loustalot de *Las Revoluciones de París*, el brillante, el ardiente, el ligero Camilo, emitieron á la vez una idea impracticable pero conmo-



Los trabajos en el Campo de Marte

vedora y salida del corazón: *un pacto federativo entre los escritores*; nada de concurrencia, nada de celo, ninguna emulación que la del público.

La misma Asamblea pareció ganada por el entusiasmo universal. En una calurosa noche de Junio encontró un momento su inspiración del 89, su juvenil arranque del 4 de Agosto. Un diputado del Franco Condado, dijo: que en el momento en que los federados llegaban, se les debía evitar la humillación de ver á las provincias encadenadas á los pies de Luis XIV en la plaza de las Victorias; que era necesario hacer desaparecer estas estatuas. Un diputado del Mediodía, aprovechando la emoción general que esta proposición excitaba en la Asamblea, pidió que borrarán todos los títulos facciosos que herían el sentimiento de la igualdad, los nombres de conde, de marqués, los escudos y las libreas. La proposición, apoyada por Montmorency, por Lafayette, no fué combati-

da más que por Maury (hijo, como es sabido, de un zapatero). La Asamblea, en sesión permanente, abolió la nobleza hereditaria (10 de Junio del 90). La mayor parte de los que habían votado tuvieron pesar de ello al día siguiente. El abandono de los nombres de sus tierras, la vuelta al nombre de familia, casi olvidado, desorientaron á todo el mundo: La-



LEOPOLDO II, emperador de Austria

fayette venía á ser únicamente *Mr. Motier*; Mirabeau se enfurecía de no ser más que Riquetti.

Este cambio no era, sin embargo, una casualidad, un capricho: era la aplicación natural y necesaria del principio mismo de la Revolución. Este principio no es más que el de la Justicia, que quiere que cada uno responda de sus obras en bien ó en mal.

Lo que vuestros abuelos han podido hacer, honrara á vuestros

abuelos, de ningún modo á vos. A vos os toca trabajar por vos mismo.

En este sistema, ninguna transmisión de méritos, ninguna nobleza. Pero también ninguna transmisión de faltas anteriores. Desde el mes de Febrero, como la barbarie de nuestras leyes condenara á la horca á dos jóvenes por falsificación de billetes, la Asamblea decidió con este motivo que las familias de los condenados no serían de ningún modo deshonradas por la ejecución de aquel suplicio. El público, impresionado por la juventud y la desgracia de éstos, consoló á sus honrados padres con mil testimonios de interés; muchos ciudadanos honrados pidieron á sus hermanas en matrimonio.

*Nada de transmisión de mérito; abolición de la nobleza. Nada de transmisión del mal; el patíbulo no manchará más á la familia ni á los hijos del culpable.*

El principio judío y cristiano descansa precisamente en la idea contraria. El pecado es transmisible. El mérito también; el de Cristo, el de los santos aprovecha aun á los menos beneméritos de los hombres.

En la misma sesión en que la Asamblea decretó la abolición de la nobleza, recibió una diputación extraña que se decía de diputados del género humano. Un alemán del Rhin, Anacarsis Clootz (carácter bizarro del que ya hablaremos), presentó en la barra una veintena de hombres de todas las naciones, vestidos con sus trajes nacionales, europeos y asiáticos. Pidió en su nombre poder tomar parte en la federación del Campo de Marte «en nombre de los pueblos, es decir, de los legítimos soberanos, siempre oprimidos por los reyes.»

Algunos se conmovieron, otros se reían. Sin embargo, la diputación tenía un lado serio: componiéndose de hombres de Avignon, de Lieja, de Saboya, de Bélgica, que verdaderamente venían á ser entonces franceses. Comprendía también refugiados de Inglaterra, de Prusia, de Holanda, de Austria, enemigos de los gobiernos, que en este momento mismo conspiraban contra la Francia. Estos refugiados parecían un comité europeo, formado contra la Europa; un primer grupo de las legiones extranjeras que Carnot aconsejó más tarde.

Ante la federación de los pueblos, se hacía una de reyes. Ciertamente la reina de Francia podía concebir esperanzas viendo con qué facilidad su hermano Leopoldo había vuelto á aliar á Europa con Austria. La diplomacia alemana, tan lenta ordinariamente, había tomado alas, volaba. Verdad es que en ello nada tenían que ver los diplomáticos.

El negocio se arreglaba personalmente por los reyes á espaldas de los embajadores y los ministros. Leopoldo se había dirigido directamente al rey de Prusia, le había mostrado el peligro común y había abierto un congreso en Prusia mismo, en Reichenbach, de acuerdo con Inglaterra y Holanda.

¡Sombríos horizontes! Francia, rodeada de los impotentes buenos

deseos de los pueblos y á cada momento sitiada por los odios y los ejércitos de los reyes.

Francia, además, estaba poco segura de sus mismos hijos. La corte hacía todos los días adquisiciones entre los miembros de la Asamblea, manejando no sólo la derecha, sino la misma izquierda y perturbando por el club del 89, por Mirabeau, por Sieyes, por las corrupciones diversas, por la traición y el temor.

Así consiguió que se le aprobara una lista civil de veinticinco millones y una pensión de cuatro para la reina. Así obtuvo medidas represivas contra la prensa y osó hacerla perseguir el 5 y el 6 de Octubre.

He aquí lo que los federados encontraron á su llegada á París. Su entusiasmo idolátrico por la Asamblea y por el rey apenas pudo mantenerse. La mayor parte venían poseídos de un sentimiento filial para aquel buen *rey-ciudadano*, mezclando en sus emociones el pasado y el porvenir, la realeza y la libertad.

Muchos, recibidos en audiencia, caían de rodillas, ofrecían su espada y su corazón... El rey, tímido por naturaleza y por su posición doble y falsa, encontraba pocas palabras con que responder á aquella ternura juvenil, tan calurosa, tan expansiva. La reina menos todavía; con excepción de sus *fielos Loreneses*, súbditos originarios de su familia, los demás federados fueron recibidos muy friamente por la reina.

He aquí que llega al fin el 14 de Julio, el hermoso día tan deseado para el cual aquellos bravos han hecho el penoso viaje. Todo está dispuesto. Desde la noche anterior, por miedo de faltar á la fiesta, el pueblo y la guardia nacional se reúnen en el Campo de Marte y allí vivaquean hasta el día.

El día llega, ¡helo ahí! Durante todo el día no cesan las ráfagas de agua y de viento. «El cielo es aristócrata», decía la gente. Una alegría valerosa, obstinada, parecía querer desmentir el triste augurio.

Ciento sesenta mil personas estaban sentadas y tendidas en la llanura del Campo de Marte, y en sus alrededores había, además, ciento cincuenta mil; en el Campo mismo debían maniobrar cerca de cincuenta mil hombres; de ellos eran catorce mil guardias nacionales de provincias, los de París, las comisiones del ejército y de la marina, etc.

Los vastos anfiteatros de Chaillot y de Passy estaban cargados de espectadores... ¡Magnífico emplazamiento, inmenso, dominado por el círculo lejano que forman Montmartre; Saint-Cloud, Meudon, Sevres; tal lugar parecía estar esperando á los Estados generales del mundo.

Cae una fuerte lluvia. La espera fué larga. Los federados y los guardias nacionales parisienses, reunidos desde hacía cinco horas á lo largo de los boulevares, están empapados y muertos de hambre y á pesar de todo, contentos y alegres.

Desde las ventanas de la calle San Martín y de la de San Honorato les bajan con cuerdas pan, jamón y botellas.

Se ponen en movimiento al fin, pasan el río por un puente de ma-

dera construído delante de Chaillot y entran por un arco de triunfo. En medio del Campo de Marte se alzaba el altar de la patria, y ante él estaban la Escuela Militar y las gradas donde debían sentarse el rey y la Asamblea.

Todo esto duró mucho tiempo todavía. Los primeros que llegaron, para no abatirse ante la lluvia y á despecho del mal tiempo, se pusieron bravamente á bailar.

Sus alegres farándulas se desarrollan, se extienden y aumentan cada vez con nuevos anillos, de los que cada uno es una provincia, un departamento, muchas regiones mezcladas. Bretaña con Borgoña, Flandes con los Pirineos... Hemos visto comenzar estos grupos y estas danzas ondulantes en el invierno de 1789. La farándula inmensa que se formó poco á poco en toda Francia, acaba y expira en el Campo de Marte... ¡He aquí la unidad!

¡Adiós, época de esperanza, de aspiración, de deseo, donde todos veían y buscaban este día!... ¡Helo aquí! ¿qué deseáis más? ¿por qué estas inquietudes? ¡Ah! la experiencia del mundo nos enseña este hecho extraño, triste pero verdadero; la unión disminuye casi siempre la intensidad de la unidad. La voluntad de unirse era ya la unidad de los corazones, acaso la mejor unidad de todas.

Pero, ¡silencio! El rey llega con la Asamblea y la reina y se sientan en una tribuna que lo domina todo.

Lafayette, en su caballo blanco, llega hasta el trono; echa pie á tierra y toma órdenes del rey.

Entre doscientos sacerdotes llevando cintas tricolores, sube penosamente al altar Talleyrand, obispo de Autun; ¿quién otro mejor que él puede officiar tratándose de un juramento?

Mil doscientos músicos tocaban y de pronto callan. Cuarenta cañones hacen temblar la tierra. Al estallido de la pólvora todos se levantan y alzan las manos al cielo... ¡Oh, rey! ¡oh, pueblo! esperad... El cielo escucha; el sol rasga las nubes y aparece... ¡Pensad lo que juráis!

¡Ah, con qué fé jura el pueblo! ¡qué crédulo es!... ¿Por qué no le da el rey la dicha de bajar de la tribuna é ir á jurar al altar? ¿Por qué jura á la sombra medio oculto?

¡Señor, por favor, levantad alta la mano, que todo el mundo la vea!

Y vos, señora, ¿no os causa lástima y piedad este pueblo infantil, tan confiado, tan ciego, que á cada momento baila confiadamente entre su triste pasado y su formidable porvenir?... ¿Por qué hay tanta dureza y frialdad en vuestros hermosos ojos azules?... ¿Han visto aquí vuestros ojos al enviado vuestro que en Niza felicita al organizador de los asesinatos del Mediodía? ¿O acaso entre estas masas confusas habéis apercibido de lejos los ejércitos del rey Leopoldo?

¡Escuchad!... Todo esto es la paz, pero una paz guerrera. Los tres millones de hombres armados que aquí hay, tienen más de soldados que

todos los reyes de Europa. Ofrecen la paz fraternalmente, pero no por eso están menos dispuestos á ir al combate.

Ya muchos departamentos, Sena, Charente, Gironda y otros quieren dar, armar cada uno seis mil hombres para ir á la frontera. Los marseleses quieren partir en seguida.

Renuevan entonces el juramento de sus abuelos, arrojando una piedra al mar y jurando, si no son vencedores, no volver hasta el día en que la piedra salga á la superficie de las aguas y gané la orilla.

